

CONDENSADORES SOCIALES

© Alejandro Cohen

Amamos las ciudades y odiamos las ciudades (según la época del año, nos queremos ir ó añoramos volver). Son nuestra naturaleza, nuestra selva, nuestro desierto, nuestra *topografía social*, nuestro ecosistema. Es esta urbanidad extendida, descontrolada, nuestro parque temático conquistado, nuestro *truman show* actual, nuestra *matrix* más ó menos amable, según cómo nos vaya. En esos *condensadores sociales* (lo tomo prestado del *constructivismo* ruso) discurre el grueso de nuestras vidas.

Por cierto la misma está matizada por los viajes, por los desplazamientos estacionales de la *nueva industria de la cultura de masas* que es el turismo. ¿Desplazamiento para qué? Para ver más ciudades, y básicamente admirar su historia, su cultura, sus permanencias y sus tradiciones. O sea cosas que dejamos de lado en nuestras propias ciudades. O simplemente para compararnos y evaluar nuestro lugar en el mundo. Y a veces, tomar decisiones: esta puede ser mi “tierra prometida”. O simplemente para soñar despiertos como Marco Polo.

Es cierto que también, y con un poco más de suerte, solemos internarnos en el turismo aventura de la naturaleza y las huellas de lo más arcaico, en esos *jardines globales* que alternan este mundo urbano. Pero allí también buscamos las huellas de la vida social, de algún agrupamiento tribal, de organizaciones de la sobrevivencia nómada, precursoras del “sedentarismo” urbano. O al menos de la escala adecuada de vida en comunidad, las aldeas, lo pequeño como alterno a las megaciudades en red que parecen ser el signo de la época.

¿Cómo entendemos las ciudades? ¿de que se tratarán en realidad las ciudades?

En las ciudades *el tiempo pasa más lentamente que los ciclos vitales de cada persona*, es una estabilidad mínima que necesitamos para organizar nuestra vida, nuestras rutinas, nuestros mapas, nuestra sociabilidad cotidiana y nuestros voluntarios aislamientos. Es una *extraña ecuación espacio-tiempo* la que se procesa en las ciudades.

Por cierto tiene que ver con la ciudad cómo constructo, cómo cultura material. De qué está hecha, como está hecha, porqué está hecha de esa manera. Ahí juegan la conformación de la sociedad civil, sus mixturas, mutaciones, migraciones e inmigraciones, sus transculturaciones y sus tradiciones diversas. Un mix extraño de *comunidad y privacidad*.

También juega el mercado, la ciudad como lugar por excelencia de las transacciones, de todo tipo, el lugar del intercambio de los excedentes. Y de los faltantes. Y como un gran articulador de todo este magma en constante movimiento está la política, las formas del ejercicio del poder de unos sobre otros. Mayorías sobre minorías, y viceversa.

Ciudades de conquista ó ciudades conquistadas, ciudades de superposiciones. Ciudades industriales, ciudades jardín, ciudades “duales”, ciudades de agregaciones infinitas de barrios, distritos, enclaves, guetos ó como se llamen ahora los lugares homogéneos de la heterogeneidad social, cultural, “étnica”, religiosa, de nacionalidades, de muy ricos, de muy pobres, de la ancha “franja del medio”.

En esa ecuación de espacio-tiempo que son las ciudades, podemos observar, de una manera u otra, el balance ó desbalance de fuerzas, los consensos ó los disensos sobre lo que es vivir en una ciudad. Ese balance lo establecen los tres vectores señalados: la sociedad civil, el mercado y el poder político.

Esa *relación compleja* es la que presenta con sagacidad, de un tiempo a esta parte, *café de las ciudades*, una relación que atraviesa cualquiera y todas las disciplinas que se ocupan ó al menos intentan hacerlo, del vivir en las ciudades, de construir las ciudades. Y por cierto de construir la ciudadanía, sin lo cual puede haber más urbanizaciones, pero no ya ciudades.

Así, las ciudades también *condensan los sueños*, los imaginarios colectivos e individuales; *la memoria*, o sea las historias que constituyen las infinitas biografías y sus diversas huellas; y

la sabiduría, o sea los diversos oficios y saberes constructivos, técnicos, geográficos, ecológicos para estabilizar un asentamiento, darle viabilidad a esa *plataforma técnica, cultural y de oportunidades* que llamamos ciudades. Y espacios públicos para darles sentido.

En una época esencialmente pesimista acerca de las consecuencias que la *huella ecológica del progreso* dejará en la habitabilidad del mundo, es bueno preguntarse que hacer para seguir teniendo *paisajes culturales* donde vivir, para no resignarse a lo dado como definitivo. Nuestra *esperanza proyectual* está fundada precisamente en la posibilidad de transformar la realidad, aún desde los peores escenarios. Y a otro balance sociedad – naturaleza.

¿Cómo? Articulando un juego de imaginarios (proyectos), estrategias (política) y cultura (crítica social). A veces le hemos llamado a este juego *ajedrez urbano*. Pero es importante aclarar que una parte sustancial de la vitalidad, de la riqueza, de la *biodiversidad* de estas plataformas que seguimos llamando ciudades está en su naturaleza compleja, en parte aleatoria, intercambiable, eternamente mutable, azarosa.

Es ese esencial *elogio del azar*, la contrafigura al “creacionismo” del sobrediseño, expresión estética del control. Nos sigue gustando la ciudad como espacio de libertad. Y a la libertad siempre hubo que defenderla de los diversos *apartheids*. Una mirada realista e imaginativa no puede escindir entonces *ética, estética, técnica y política* como los códigos básicos para intervenir en la complejidad del desarrollo ó evolución de la ciudad.

Ciudad de Córdoba, 10 de octubre de 2011.